

La historia rural en España y Francia (siglos XVI-XIX)



FICHA BIBLIOGRÁFICA

FRANCISCO GARCIA GONZALEZ, GÉRARD BÉAUR Y FABRICE BOUDJAABA (EDS), *La historia rural en España y Francia (siglos XVI-XIX): contribuciones para una historia comparada y renovada*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2016, 418 págs., ISBN: 9788416515585.

José Vicente Serrão (ISCTE-IUL)

El gran interés de este libro está, desde luego, reflejado en su subtítulo – contribuciones para una historia *comparada* y *renovada*. O sea, se trata de poner en perspectiva comparada la situación actual y el camino reciente de dos de las historiografías rurales con mayor peso en Europa. De un lado, la francesa, que durante muchos años sirvió como “faro” de los estudios rurales. Del otro, la historiografía española, que es hoy, y en los últimos 20 años más o menos, una de las más dinámicas del continente.

Este es, pues, un libro de historiografía, que busca presentar un estado de la cuestión (de varias cuestiones, por decirlo así) y hacer un balance de los resultados obtenidos en las últimas décadas por los investigadores que, de un lado y del otro de los Pirineos, se han ocupado de temas relacionados con la agricultura y la sociedad rural en el período que es normalmente designado de Antiguo Régimen o época moderna. Para el efecto, el volumen cuenta con la contribución de un total de 15 autores, incluyendo los organizadores, que también firman la Introducción. Todos los autores son historiadores *seniors*, con prestigio e influencia en las academias francesa y española, y con larga producción sobre los temas sobre los cuales escriben, el que confiere una garantía de calidad.

La lógica de organización del libro también es clara. Se han elegido seis grandes temas, a los cuales corresponden las seis secciones en que el libro se encuentra dividido, cada una de ellas servida por dos textos, un firmado por un historiador español y el otro firmado por un francés. Se pretende así ofrecer al lector una perspectiva dupla, e implícitamente comparada, de las dos historiografías sobre los mismos temas.

La primera sección tiene un enfoque demográfico sobre la historia de las poblaciones rurales, con una atención particular a los fenómenos migratorios. La segunda sección es dedicada a las relaciones ciudad-campo, tema mayor no solo de la historia rural, como también de la historia urbana y de la historia económica. De hecho, es desde una perspectiva predominantemente económica que el tema es aquí abordado, sirviendo de excusa para tratar de problemas más generales relacionados con la comercialización de productos agrícolas y con el funcionamiento del mercado interno. En la sección siguiente se discuten las relaciones sociales y políticas que involucran propietarios, estado y comunidades rurales, pero son ante todo estas últimas que recogen la atención de los dos capítulos. Los dos destacan las dinámicas de conflicto que atravesaban las comunidades rurales, y, al mismo tiempo, su capacidad de resistencia a la propensión individualista y a los poderes exteriores, una resistencia grandemente basada en formas de acción colectiva (un concepto que se ha revelado especialmente atractivo para la historiografía española). La cuarta sección trata de las complejas conexiones que involucraban el trabajo, las relaciones sociales y los derechos de propiedad. Ahí se hace una amplia discusión de los modelos de transición de las agriculturas europeas, cuestionándose abiertamente la imagen, todavía muy arraigada en el discurso académico internacional, de un fracaso de los casos español y francés, y apelando a poner las dinámicas sociales (más que las estructuras sociales) en el centro del análisis. En la ordenación del libro, se sigue entonces un apartado dedicado a la historia de la familia. Siendo este un dominio de estudios con un origen y un camino autónomos relativamente al que es normalmente entendido como historia rural, el estudio de la familia (en su organización, reproducción y comportamientos) es aquí reivindicado, y bien demostrado, como una vía privilegiada para la comprensión de las relaciones sociales en el campo, y para que se comprendan cuestiones nucleares como la distribución de la propiedad o las desigualdades sociales. Por fin, el libro termina con una sección dedicada a la iglesia, y más particularmente al clero, en el espacio rural – un tema quizás demasiado específico, aunque se tenga que reconocer el enorme peso que las instituciones eclesiásticas tenían en los campos franceses y españoles, más (o más estudiado) en el segundo caso que en el primero.

La selección de estos 6 temas como ejes de estructuración del libro está justificada en la Introducción y se acepta. Sin embargo, como todas las selecciones, vale tanto por aquello que incluye como por aquello que excluye. Creo que habría algunos otros temas que podrían haber sido incluidos o merecido un mayor desarrollo. Es el caso, por ejemplo, de las cuestiones ambientales, en sus diversos aspectos, incluyendo aquellos que se refieren a los cambios climáticos. Estas son cuestiones que son un poco tocadas, pero la importancia que tuvieron en el condicionamiento de la agricultura y el dinamismo que, desde hace largos años, ante todo en España, es demostrado por las líneas de investigación dedicadas a la historia ambiental y incluso a una historia agro-ecológica, hubieran justificado un apartado propio en la estructuración del libro. Además, una vez que este es un libro que trata de la renovación de la historia rural, hay que reconocer que la historia ambiental fue, quizás, su primera y principal línea de desarrollo, siendo clara, ya desde los años 90, la reconversión de muchos historiadores “rurales” en historiadores “ambientales”. Tal como un hijo que se emancipa y alcanza una vida propia, la historia ambiental se asume, hoy día, como un campo de estudios autónomo e institucionalizado en el medio académico, con sus propias asociaciones, revistas, congresos y otras formas de afirmación de identidad. Pero los puntos de contacto y de fusión son inúmeros.

Otro dominio que podríamos clasificar de emergente, y al cual se esperaría que fuera dedicada una mayor atención, incluso porque ha atraído la atención de varios investigadores en Francia y en España, es la historia de la alimentación (incluyendo la bebida), que tiene tantos puntos de contacto, directos e indirectos, con la agricultura o con las identidades y sociabilidades rurales. También los estudios de género, que en las últimas décadas se desarrollaron en todas las áreas de las ciencias humanas y sociales, incluso en los estudios rurales, justificarían, quizás, al menos una discusión sobre la emergencia de una “historia agraria de género”. Igualmente sub-representados en este libro, aunque no totalmente ausentes, son algunos temas más clásicos, pero siempre importantes, como las políticas y el pensamiento agrario, o como las instituciones y los normativos jurídicos, dominios, estos últimos, tradicionalmente reservados a los historiadores del derecho, pero muy explorados en la última década por la historia económica, bajo la influencia de la escuela neo-institucionalista de Douglass North y de sus seguidores, con un impacto significativo en la historiografía agrarista.

Sin embargo, ante todo, hay que lamentar la falta del mundo colonial. Si, en los ejemplos anteriores, la responsabilidad por su omisión se puede atribuir a los organizadores del volumen (que seguramente tuvieron que hacer sus opciones ante la imposibilidad práctica de cubrir todos los temas), en este caso la explicación para su ausencia se encuentra en el propio desinterés de las historiografías bajo análisis. Se trata, además, de un problema común a la generalidad de la historiografía ruralista europea, especialmente sorprendente en países como Portugal, Inglaterra o Holanda, que, al igual que Francia o España, eran potencias coloniales en la época moderna. No solo la formación de imperios ultramarinos ha generado un espantoso intercambio intercontinental de personas, plantas, animales, mercaderías, capitales, instituciones, relaciones sociales, etc. – que tuvieron un profundo impacto en la agricultura y en las sociedades rurales europeas –, como constituyen ellos mismos unos objetos de estudio fascinantes del punto de vista de la historia rural. No obstante, los investigadores de esta especialidad han permanecido, en general, aislados de estos tópicos, muy confinados a sus espacios nacionales y poco receptivos a la globalización de su área de estudios.

Volviendo a los contenidos del libro en análisis, los 13 capítulos que lo componen (el número es impar porque la segunda sección, un poco inexplicablemente, contiene tres textos) son todos de una grande riqueza informativa, aunque desiguales entre ellos, tanto en extensión como en el tipo de abordaje. Unos son amplias recopilaciones de la bibliografía producida; otros capítulos se preocupan menos en describir los trabajos existentes y más en problematizar y discutir tendencias historiográficas, resultados de investigación y problemas en abierto; y otros, todavía, optan más bien por presentar síntesis de la materia histórica bajo análisis que por hacer balances historiográficos. Independientemente de esta diversidad, el conjunto de textos ahora editados no sólo deja el lector impresionado con el volumen de trabajos producidos en estos dos países, como pone también de relieve la madurez y solidez alcanzadas por las dos historiografías. Sin embargo, a partir de los múltiples balances presentados en este libro, queda de cierta forma la impresión - especialmente para un observador externo - de que la historiografía ruralista española parece demostrar en las últimas décadas mayor vitalidad y mayor renovación, tanto en los temas como en las interpretaciones, cuando comparada con su congénere gala. Esta se presenta, aparentemente, más conservadora y más arraigada a su producción historiográfica clásica - esto como una impresión de conjunto y salvaguardadas muchas excepciones.

También queda la impresión de que, cuanto al esencial, estas dos historiografías han seguido cada cual su propio camino, aunque compartan algunos mismos temas y metodologías, aunque haya alguna circulación de los investigadores, y aunque se registren varias iniciativas y proyectos conjuntos - de que un buen ejemplo es esto mismo libro y el encuentro que está en su origen (Albacete, 2012). Puede decirse pues que hay colaboración entre los dos lados de los Pirineos, pero no hay una verdadera interpenetración de las dos historiografías ruralistas, que han permanecido demasiado apresadas a un cuadro espacial de investigación que es esencialmente nacional, cuando no regional o local. Este libro insiste mucho - y bien - en el propósito comparativo. Pero hay que notar que lo que aquí se compara son los resultados alcanzados por las dos comunidades historiográficas, trabajando cada cual en su territorio. Entre los cientos de trabajos citados en esta obra, son muy pocos aquellos que consistieron, ellos mismos, en estudios comparativos. Investigadores españoles que hayan estudiado en las últimas décadas la ruralidad francesa, y viceversa, se cuentan, como mucho, con los dedos de las manos.

De igual modo, esto libro pone de manifiesto aquella que sigue siendo una deficiencia de la historiografía rural de los dos países (además compartida por la generalidad del resto de las congéneres europeas) - la escasez de estudios de carácter transnacional. Hay que reconocer que el libro compara las dos historiografías y, de alguna forma, compara las dos historias, pero no las cruza, no señala los tópicos que podrían ser objeto de una historia cruzada o transnacional (por ejemplo: la transferencia de productos, tecnologías, fuerza de trabajo o inversiones, la circulación de ideas, etc.). En el cuadro del actual cambio de paradigmas historiográficos, que privilegian la abertura hacia escalas espaciales más amplias, esta podría ser una vía a explorar en el desarrollo y modernización de los estudios rurales.

Merece también una observación el hecho de que la generalidad de las contribuciones individuales para este volumen sean casi totalmente omisas con relación aquello que, sobre los mismos temas, se está llevando a cabo en otros países. Es cierto que el objetivo del libro es

hacer el balance de las historiografías rurales española y francesa, pero ello no dispensaría – al revés, solo lo enriquecería, aunque fuera para evidenciar los contrastes – una comparación con las agendas y los resultados de otras historiografías. Esta “mirada hacia fuera” prácticamente no existe, excepto solo algunas referencias en la Introducción y en el capítulo firmado por Rosa Congost, que es claramente de discusión historiográfica y conceptual, y donde las cuestiones son discutidas con el propósito explícito de encuadrarlas en la evolución de la historiografía ruralista europea.

Mientras tanto, debe subrayarse que el libro es servido por una extensa y excelente Introducción, firmada por los tres organizadores (Francisco García González, Gérard Béaur y Fabrice Boudjaaba), en la cual hacen no solo el balance de las diferentes contribuciones individuales, como señalan, para cada caso, algunas cuestiones en abierto y las vías de investigación que deben ser seguidas. Esto es muy útil, tanto para compensar algunos de los desequilibrios entre los diversos capítulos, como para entretejerlos alrededor de los hilos conductores de este proyecto editorial. Además, la introducción elabora desarrolladamente sobre los principales ejes temáticos en discusión y debate los desafíos metodológicos e historiográficos que la disciplina enfrenta hoy.

Al respecto, puede decirse que los organizadores sustentan una perspectiva muy optimista – quizás demasiado – sobre la situación y el futuro de la historia rural, cuya vitalidad les parece ser comprobada por los propios balances ahora publicados. Sin embargo, el problema de la historia rural no es una crisis de calidad ni siquiera de producción. Esta *historia rural*, si entendida como un área de estudios con nombre propio e identidad de conjunto, atraviesa sí, desde hace varios años, una crisis que es, ante todo, de reputación y de imagen. Después de una época de oro, vivida en las décadas de 1960 y 1970, ella vendría a caer en desgracia y a ser una de las principales víctimas de la “revolución historiográfica” operada en los años 80 y 90 bajo el impacto del posmodernismo, del posestructuralismo y de la hegemonía de la historia culturalista. En este contexto adverso, el nombre perdió prestigio y poder de atracción.

Entre las largas centenas de autores citados en esta obra, además de los propios autores y organizadores del libro, muy posiblemente solo algunos se designarían a sí mismos como “historiadores rurales” o clasificarían sus libros, en primera instancia, como siendo de “historia rural”. Más probablemente dirían antes que son estudios de historia de la familia, del trabajo, de la propiedad, de las migraciones, de las relaciones ciudad-campo o de cualquier otro tema enunciado en su especificidad. Esto evoca una cuestión esencial - ¿Qué es lo que se puede o debe llamar hoy de *historia rural*? O, en última instancia, ¿para que sirve un nombre o una etiqueta? Esa es, sin embargo, toda una discusión que no cabe en los límites de estas páginas.

Para concluir, a pesar de algunas discordancias y de algunos puntos menos positivos señalados en esta reseña, no hay cualquier duda de que estamos ante un libro excelente, que viene seguramente constituir un marco historiográfico y que es un instrumento de consulta indispensable para todos cuantos se interesen por la historia de las sociedades rurales de España y Francia. Tanto porque reúne cientos de referencias, como porque señala las principales tendencias de investigación y de interpretación en los dos países, como, todavía, porque invita a una reflexión, que va más allá de las fronteras de aquellos países, sobre los caminos para una renovación de la historia rural.